

Tampoco yo soy un robot

Primera edición: octubre, 2024

© Amalia Iglesias Serna, 2024

© Vaso Roto Ediciones, 2024

ESPAÑA

C/ Alcalá 85, 7.º izda.

28009 Madrid

vasoroto@vasoroto.com

www.vasoroto.com

Grabado de cubierta: Víctor Ramírez

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

ISBN: 978-84-19693-87-7

IBIC: DCF

Depósito Legal: M-18038-2024

Amalia Iglesias Serna
Tampoco yo soy un robot



Vaso Roto / Ediciones

*Este libro está dedicado a Julia Piera, que ya en 2006,
en su libro pionero, Conversaciones con Mary Shelley,
se preguntaba «qué significa ser humano en este mundo distópico».*

Hay patentes de vida.
Sin miembros
somos seres pictograma.

Comunicación por sonares
feromonas
redes
diálogos transcritos
en matrices. Encriptados.

JULIA PIERA
Conversaciones con Mary Shelley, 2006

En el mudo abandono
las formas son ya sólo
personificaciones
de los ausentes.

CLARA JANÉS
Estructuras disipativas, 2017

LETANÍA

¿Acaso puedo ver la luz de una cerilla
mientras estoy ardiendo en los brazos del sol?

ELIZABETH SMART

En Grand Central Station me senté y lloré, 1945

OMNIA VERTUNTUR

Para poder llegar al mar
y descubrir lo que comienza
en los poemas escondidos del agua.
Para cruzar las puertas de los volcanes y los templos
sin que nos abandone el temblor de la belleza.

OMNIA VERTUNTUR

Para que todas las estrellas lluevan antes de amanecer
y no nos quede culpa por regresar a casa.
Para sanar los parásitos de la conciencia
y poder dormir sin pensar en la chatarra cósmica.
Para que las cosas sencillas rebroten en mi almohada:
las rosas, tus besos, el sonido del aire.
Para que venga la rama nevada y el humilde jilguero
a anidar en mi nuca y en su tiempo pequeño.

OMNIA VERTUNTUR

Para que en las habitaciones
embalsamadas de náufragos
puedan crecer de nuevo
los jardines secretos que dan hacia la brisa,
sin emergencia climática ni tasador de sueños.
Para no entrar en pánico ante el desasosiego
de la carcoma que cruje cuando pisas la niebla.

OMNIA VERTUNTUR

Para cuando va y viene el péndulo de la demolición
entre la muchedumbre,
pero no vuelan las alas clonadas,
ni consuela su sonido sideral de telaraña,
su vibración o calambre
de planeta desierto,
polvo de lagos muertos hace miles de años,
y sonidos metálicos que el rover Perseverance
envía desde Marte.

OMNIA VERTUNTUR

Para la transcendencia de las esperas sin esperanza,
de las nubes que nos caducan en los ojos
y su bucle terminal de agujeros negros
que se saben condenados al colapso.
Para las voces que injertamos
en los adjetivos indefensos.

OMNIA VERTUNTUR

Para pensar dónde estarán ahora sus miradas
y las lágrimas que no supimos compartir,
por qué chillan todavía las gaviotas
si hace mucho que nadie las escucha.

OMNIA VERTUNTUR

Para que aún podamos preguntarnos
en qué piensa la mujer lapidada de espaldas al mar
y detener las piedras arrancadas sin lenguaje
contra la venganza de su estirpe.

OMNIA VERTUNTUR

Porque buscamos la alquimia de lo cotidiano
y acaso una palabra que nos consuele,
pero cada poema es una cuna mecida
por la mano que no está
y una nana sin nadie
para el insomnio escrito en las esferas.

OMNIA VERTUNTUR

Porque toda vida
es una vida dañada por el tiempo
que va mordiendo la piel,
siempre y todavía pensamos
en la edad de conjugar al oído
los verbos que inventamos de la inmortalidad.

OMNIA VERTUNTUR

Por la nostalgia
de cuando iban y venían los caminos
con nuestros pasos ligeros
aunque el futuro fuera efímero y frágil
al borde del sendero y sus flores salvajes,
cuando todavía no nos quitaba el sueño
el ruido seco de los satélites.

OMNIA VERTUNTUR

Por el tiempo en que nada inquietaba
nuestros cuerpos tendidos
sobre el fulgor de agosto
y las estrellas caían como luciérnagas fugaces
sobre aquella felicidad apenas estrenada,
de paraíso en duermevela.

OMNIA VERTUNTUR

Por el triunfo de los manantiales
y los valles que recuerdan
la canción de tus manos,
donde no queda sitio
para naturalezas muertas
y sólo crece nuestro tiempo,
el peso de su eternidad
a salvo del vacío.

OMNIA VERTUNTUR

Contra la fiebre de los imanes
y los mercaderes que nunca duermen
en sus sudarios sin rostro
devorados por la vanidad,
escriben que no queda lugar
para la oración de los adioses,
ni rituales ni cantos en sus monedas de lava.

OMNIA VERTUNTUR

Para el viento que bate las amapolas
sin una gota de sangre
y los pájaros que saben limpiar
el cielo con sus alas,
con sus plumas sin peso,
pulidas de horizonte.

OMNIA VERTUNTUR

Por los acuíferos de las neuronas
sin digitalizar
y las criaturas no catalogadas
que a veces se asoman a nuestros ojos.

AGUJA Y CRISTAL

Este cristal aguarda ser sorbido
en bruto por boca venidera...

CÉSAR VALLEJO
Trilce, 1922

EN LAS CUEVAS que me habitan y erosionan por dentro
escucho el eco de la incertidumbre hasta deshora,
la alquimia que no viene
a descifrar la rosa de los vientos.

Escucho el eco sin algoritmos
que habita en mis entrañas,
y quiero desenredar los mensajes encriptados
en mi corazón que muere lentamente,
y cada día se levanta y se encamina
por el misterioso sendero de lo desconocido
y se aventura en el mismo cieno de los otros
y en los ojos de la embriaguez
todavía pregunta quién nos trajo hasta aquí,
y para qué.

MINUCIOSAS criaturas
empeñadas en ovillar la madeja,
o apretar los nudos que nos separan
y nos proyectan
en el gran apocalipsis de los insectos:
oh, si Kafka nos viera despertar cada día
cucarachas o escarabajos
con los caparazones contra el suelo
intentando descifrar los desconchados del universo que se contrae,
pateando hacia el infinito
o babosas sin casa que se deslizan amanecer abajo
más allá de la inercia de las noches oscuras,
o paseando a media tarde por los bulevares
con nuestras relucientes cabezas de animales:
caballos, perros, zorros, abubillas, lechuzas...
como en el otro mundo que dibujó Grandville
con jardines versallescos y vestidos pomposos,
todos aquellos animales humanizados
que desfilaban en los jardines del Bosco
y en los paisajes oníricos de Leonora Carrington.

Pero también las arañas de Louise Bourgeois
acudían puntuales al banquete.

Acaso el algoritmo logrado
duplicada biodiversidad interespecies
ahora con pesadillas de nueva generación
cerca del peligro donde iba a crecer lo que salva.

ACASO un robot pudiera descifrar las cavernas del corazón
pero nunca leer tu pensamiento
ni que le tiemble el pulso.

Lo que late sin nombre,
y se aloja en ningún lugar de las arterias,
generaciones de inteligencia emocional
para el cauce de la incertidumbre
y los no lugares por donde trepa la memoria
y se hace fuerte como una hiedra milenaria,
ecosistemas y declinaciones entre el amor y la muerte
y las metáforas del existir después de todo
y deletrear nuestros nombres con sus versos inacabados
y sus astillas de la tristeza por venir, y sus espinas cansadas,
pero también con los ojos abiertos a la plenitud del atardecer,
a los instantes efímeros de la felicidad
y la música del aire recién respirado
y de la nieve intacta de soñar
y de la adolescencia del asombro en su ascensión
y de la naturaleza virgen
capaz de florecer de nuevo en todas sus grietas.

ACASO un robot pudiera aprender a llorar antes del deshielo,
antes de la invasión de los insectos
y de sus larvas incubadas bajo la Antártida que se deshace,
acaso sea tarde para desprenderte de los chatbots, cuando
sus palabras metálicas se desintegren en tu boca
como los hongos podridos en la boca de Lord Chandos.